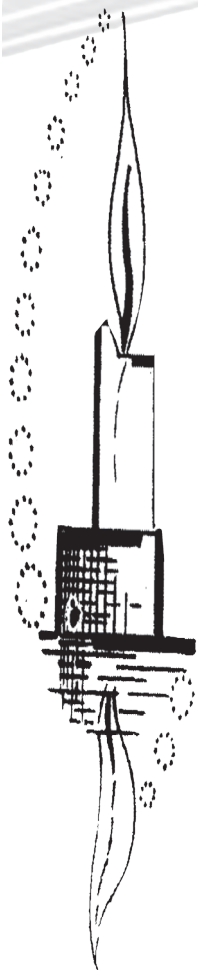


Oración familiar de fin y principio de año



Padre Dios, dueño del tiempo y la eternidad, tuyo es el hoy y el mañana, el pasado y el futuro.

Al terminar este año 2020 te damos gracias por todo aquello que hemos recibido. Gracias por la vida y el amor, por la alegría y el dolor, por cuanto fue posible y por lo que no pudo ser.

Te ofrecemos los esfuerzos y trabajos que pudimos realizar, las cosas que pasaron por nuestras manos y lo que con ellas pudimos construir.

En este año marcado por la Pandemia, te pedimos por todas las personas que han sido, que son, y serán afectadas de una u otra manera por el covid-19.

Te pedimos especialmente por quienes están arriesgando sus vidas por la salud y el sustento de otros.

Oramos junto a ellos y por ellos. Te pedimos mires con bondad aquellos que el mundo intenta ignorar.

Que sepan que son oídos, que son sostenidos, que son amados.

Que en un mundo lleno de mentiras, conozcan tu verdad.

Que en un mundo lleno de violencia, conozcan tu protección.

Que en un mundo de pobreza, reconozcan a tu Hijo Jesús como el Pan de vida.

Dios de ternura, abre nuestro corazón para iniciar este año nuevo 2021 más conscientes y dispuestos a ayudar a los más vulnerables y aquellos de cuyo trabajo siempre hemos dependido.

Danos un corazón nuevo para asimilar e impulsar lo que hemos descubierto, con nuevas formas de ser hijos y hermanos.

Ayúdanos a que nuestra familia sea un espacio y un ambiente donde nos comprometamos a construir un hogar que sea escuela de vida, formadora de personas y de verdaderos cristianos; un taller donde aprendamos a luchar por una sociedad más justa y solidaria; y un santuario donde se defienda y se promueva la vida y la fe.

Padre, danos tu bendición para ser testigos de tu amor en este año 2021.

Y en esta noche, unidos como familia nos encomendamos a Ti.

Con el compromiso de vivir unidos nos damos la bendición y un abrazo. Concluimos rezando juntos la oración que Cristo nos enseñó: *Padre Nuestro...*

HOJA DOMINICAL

La Semilla de la Palabra

La Sagrada Familia de Jesús, María y José



Año XX Número 997 27 de diciembre, 2020 Diócesis de Ciudad Guzmán

Jesús, el centro de nuestras familias

Hoy en este domingo celebramos la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. Y el texto del evangelio de san Lucas nos narra la presentación de Jesús en el templo. Que es la fiesta del encuentro: el encuentro de Jesús y su pueblo; cuando María y José llevaron a su niño al Templo de Jerusalén, ocurrió el primer encuentro entre Jesús y su pueblo, representado por los ancianos Simeón y Ana que esperaban con alegría la venida del Salvador.

El evangelista san Lucas describe que la Virgen y san José querían cumplir con alegría lo que estaba prescrito por la Ley del Señor. Son dos recién casados que han tenido apenas su hijo y están animados por el deseo de cumplir aquello que estaba prescrito. No es un hecho exterior para cumplir con una regla y costumbre; es el deseo fuerte, profundo y lleno de alegría de vivir como verdaderos judíos.

De los ancianos Simeón y Ana el texto subraya que estaban guiados por el Espíritu Santo. De Simeón afirma que era justo y piadoso, que esperaba el consuelo de Israel, que el Espíritu Santo estaba en él y que le había prometido que no moriría antes de ver al Mesías del Señor. De Ana dice que era una "profetisa", o sea una mujer inspirada por Dios y que no se apartaba del templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones. Estos dos ancianos están llenos de vida porque son animados por el Espíritu Santo; son dóciles a su acción y abiertos a sus llamados.

En el centro de este encuentro de la Sagrada Familia con estos dos representantes del pueblo está Jesús. Él es quien mueve todo e invita a los papás no sólo a presentar al templo y pedir el bautismo para sus hijos, sino a educarlos en la fe para que busquen encontrarse con Jesús en su vida.



La Semilla está en Internet: www.elpuente.org.mx

Salmo Responsorial
(Salmo 104)

**R/. El Señor nunca
olvida sus promesas**

**Aclamen al Señor y denle
gracias, relaten sus prodigios
a los pueblos. Entonen en
su honor himnos y cantos,
celebren sus portentos. R/.**

**Del nombre del Señor
enorgullézcense y siéntase
feliz el que lo busca.
Recurran al Señor y a su
poder y a su presencia
acudan. R/.**

**Recuerden los prodigios que
él ha hecho, sus portentos y
oráculos, descendientes de
Abraham, su servidor, estirpe
de Jacob, su predilecto. R/.**



Aclamación antes
del Evangelio

(Heb. 1, 1-2)

R/. Aleluya, aleluya

**En distintas ocasiones y
de muchas maneras habló
Dios en el pasado a nuestros
padres, por boca de los
profetas. Ahora, en estos
tiempos, que son los últimos,
nos ha hablado
por medio de su Hijo.**

R/. Aleluya, aleluya

La Palabra del domingo...

Del libro del Génesis (15, 1-6; 21, 1-3)

En aquel tiempo, el Señor se le apareció a Abram y le dijo: “No temas, Abram. Yo soy tu protector y tu recompensa será muy grande”. Abram le respondió: “Señor, Señor mío, ¿qué me vas a poder dar, puesto que voy a morir sin hijos? Ya que no me has dado descendientes, un criado de mi casa será mi heredero”. Pero el Señor le dijo: “Ése no será tu heredero, sino uno que saldrá de tus entrañas”. Y haciéndolo salir de la casa, le dijo: “Mira el cielo y cuenta las estrellas, si puedes”. Luego añadió: “Así será tu descendencia”. Abram creyó lo que el Señor le decía y, por esa fe, el Señor lo tuvo por justo. Poco tiempo después, el Señor tuvo compasión de Sara, como lo había dicho y le cumplió lo que le había prometido. Ella concibió y le dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios habría predicho. Abraham le puso por nombre Isaac al hijo que le había nacido de Sara.

Palabra de Dios. R/. Te alabamos, Señor.

De la carta a los hebreos (11, 8. 11-12. 17-19)

Hermanos: Por su fe, Abraham, obediente al llamado de Dios, y sin saber a dónde iba, partió hacia la tierra que habría de recibir como herencia. Por su fe, Sara, aun siendo estéril y a pesar de su avanzada edad, pudo concebir un hijo, porque creyó que Dios habría de ser fiel a la promesa; y así, de un solo hombre, ya anciano, nació una descendencia, numerosa como las estrellas del cielo e incontable como las arenas del mar. Por su fe, Abraham, cuando Dios le puso una prueba, se dispuso a sacrificar a Isaac, su hijo único, garantía de la promesa, porque Dios le había dicho:

De Isaac nacerá la descendencia que ha de llevar tu nombre. Abraham pensaba, en efecto, que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos; por eso le fue devuelto Isaac, que se convirtió así en un símbolo profético.

Palabra de Dios. R/. Te alabamos, Señor.

Del santo Evangelio según san Lucas (2, 22-40)

Transcurrido el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, ella y José llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley: *Todo primogénito varón será consagrado al Señor, y también para ofrecer, como dice la ley, un par de tórtolas o dos pichones.*

Vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón, varón justo y temeroso de Dios, que aguardaba el consuelo de Israel; en él moraba el Espíritu Santo, el cual le había revelado que no moriría sin haber visto antes al Mesías del Señor. Movid por el Espíritu, fue al templo, y cuando José y María entraban con el niño Jesús para cumplir con lo prescrito por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios, diciendo: “Señor, ya puedes dejar morir en paz a tu siervo, según lo que me habías prometido, porque mis ojos han visto a tu Salvador, al que has preparado para bien de todos los pueblos; luz que alumbra a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel”.

El padre y la madre del niño estaban admirados de semejantes palabras.

Simeón los bendijo, y a María, la madre de Jesús, le anunció: “Este niño ha sido puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel, como signo que provocará contradicción, para que queden al descubierto los pensamientos de todos los corazones. Y a ti, una espada te atrevesará el alma”.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana. De joven, había vivido siete años casada y tenía ya ochenta y cuatro años de edad. No se apartaba del templo ni de día ni de noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Ana se acercó en aquel momento, dando gracias a Dios y hablando del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Una vez que José y María cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él.

**Palabra del Señor.
R/. Gloria a ti, Señor Jesús.**